

RECUERDO DE EMILY DICKINSON

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Por allá hacia la tercera década del siglo XIX érase un poblado recostado sobre las Montañas Verdes, a orillas del Connecticut. Caserío silencioso, como fugado —a 150 kilómetros de Boston— del tráfico intenso entre New York y Canadá; lo habitan gentes de preocupaciones apacibles, su templo y su colegio, sus ritos y sus hogares; buenos puritanos emigrados de la relajada Inglaterra del XVII, éstos de Amherst gloriábanse de serlo, y con tal sed de austeridad, con pureza tanta, que la sola tibieza constituía ya grave pecado. Pero era un yermo de emoción y de alegría mundanales.

Descendiente de uno de los fundadores del lugar, privaba en rango la familia Dickinson. En 1830 el jefe de la casa llamábase Edward, cifra y compendio de todo lo austero y respetable. Su esposa, Emily Norcross, humanizaba y magnificaba la bienaventuranza de los pobres de espíritu y sencillez de corazón para mantenerse física y espiritualmente prosternada ante su dueño.

De los tres vástagos del hogar Dickinson-Norcross, Austin, el mayor, tenía temperamento acentuadamente lírico; de niño gustaba ocultarse a devorar bocados de fantasmagoría en la vajilla de “Las mil y una Noches”. Lavinia, segundona, era la perturbadora oficial de la pacata sociedad lugareña, con todas las bengalas de su gracia, su belleza y su coquetería; y de tercera en concierto, la dulzura ardiente, la avidez armoniosa, la estremecida serenidad de Emily, quien solía decir: “Yo creo en Dios y en El espero; sin embargo, no sé por qué el mundo ocupa tan preponderante sitio en mi corazón... Tal vez porque de Dios mismo ha salido toda esta hermosura que nos rodea...”.

Los biógrafos familiares, medio siglo después recuentan que la chiquilla gustaba de ir a perderse en los bosques aledaños, por ver de sorprenderle misterios a la vida en la entraña virginal de las corolas. Sensibilidad sobreaguda, colibrí que de los capullos más opacos extraía las mieles más sutiles: todo la impregnaba de recónditas esencias; vivía rumorosa de júbilos, como una seda enarbolada, como una lluvia a contrasol, saltando de los deslumbramientos a los embelesos. Otras veces, súbito, quedábase grave, o se disminuía ingenua, o estallaba festiva y burlona, o se adelgazaba satírica y terriblemente fina. Pero por encima o detrás de todo eso, la insaciable y apasionada lectora, y la devota infatigable del piano y las canciones: diáfana sentimental que bien pudo decir con su

contemporáneo francés, Henri Charles Read, el niño portentoso de la antología de entonces:

*Amar, amar locamente
sin saber lo que se ama...*

La hija adolescente del impasible Edward Dickinson solía escribir en sus cartas de colegiala:

“Te estoy pensando mucho; anoche no más soñé contigo. Cuando papá vino a llamarme esta mañana, tú y yo estábamos paseándonos entre una enorme avenida cuajada de rosales. Cada una con su cesta al brazo, y a pesar de que no descansábamos un punto de echar y echar rosas a ellas, no había manera de llenarlas. Y así es todos los días: en cuanto llega la noche, me pongo a suspirar por el momento de salir otra vez a los rosales; y me angustio pensando que van a volar las horas del sueño de las rosas y de la cesta que no se llena jamás... Sabes? Es que tengo tanta necesidad de saber si mis amigos y amigas están dichosos; y si lo son, cómo y cuánta y por qué es esa felicidad. Y también quisiera estar preguntándoles a todas horas, solo por la delicia de ver si me contestan que sí: ¿ustedes me quieren? ¿Me recuerdan? ¿Quisieran verme siempre con ustedes? Ay, querida, tal vez te cansé tanto preguntar, pero es que tengo tanto deseo de saber...”.

Y la pequeña Emily le tendía por igual sonrisas y elaciones a la vida, con labios entreabiertos y golosos, como escapada de la constante solemnidad de ese medio acompasado y adusto, de la prosaica estrechez de su parentela, y defendiendo de la congelación ambiente los raudales cristalinos de su espontaneidad. Y así lograba vivir ebria de un sueño gozoso. Ni los rigorismos del internado ni las implacables normas del puritanismo lograron quebrar el vuelo de sus fantasías y de sus éxtasis; pues lo que la vida le negaba, lo conseguía por anticipos de la imaginación. Sabía, o mejor, intuía que para una mujer la juventud es el noviciado de lo inefable y la preparación para la plenitud. Y así, se ejercitaba en cándida coquetería: “Creo que rápidamente estoy poniéndome bonita. Cuando cumpla los 17 voy a ser lo mejor de Amherst, con un enjambre de admiradores todos a un tiempo cabilosos y presurosos por servirme. Y mientras giran y meditan, yo muy discretamente haciendo mi elección”.

Todo este al parecer alocado revolotear, correspondía firme y seriamente a una vibradora sensibilidad que alzaba la frente, boca, oídos y brazos en una apasionada invocación al amor. A los veinte años, el domeñado ímpetu de esa espera parecía ceñirla como un cilicio. Otra vez la página confidente —para la novia de su hermano— recoge anhelos como brasas que arden en forma insólita tratándose como se trataba de una mujer inmaculada.

“Susy querida, tú y yo nos estamos guardando mutuo y extraño silencio sobre un punto que muchas veces al ir a tocarlo, presurosamente lo hemos eludido, así como se cierran los ojos cuando el sol nos ciega. De una vez me vas a confesar: ¿no has tenido de pronto un pensamiento estremecedor, tierno, como si súbitamente se encendiera un fanal sobre tu vida entera; o un ser cuyo nombre se susurra al oído discreto de la noche; un ser a cuyo lado caminaras imaginariamente a todo lo largo

de las horas? ¿No has visto por la mañana las flores rebosantes de rocío, doblegadas al medio día bajo el agobio todopoderoso del sol? ¿No será que la hermosura sedienta de las rosas necesita de algo más que de rocío? Sí: a mudos gritos claman por la luz, para languidecer tras de su beso ardiente, calcinante, destructor. A sabiendas de que el sol meridiano es mucho más potente que el de las primeras horas, ansían vivir... para morir por su amor. Susy: yo bien me sé el peligro que todo esto entraña, y sin embargo lo amamos tan intensa, tan locamente... Y el solo pensar en ello me desgarró y me pone a temblar y a sentir el pavor de verme sucumbir... Perdóname todo esto, pero es que hace tanto que lo llevo en silencio, en soledad, en sombra..."

Y un día llegó el amor, ese amor apasionadamente suspirado. Fue a encontrarlo —naturalmente— lejos de Amherst. Acompañando al padre, que iba al Congreso por el Estado de Massachussets, la familia se trasladó a la capital, cita y albergue de lo fastuoso, en donde desfilaban las celebridades y eminencias varoniles, las elegancias y bellezas femeninas. Para una muchacha alegre y refinada al par, de encantadora coquetería, salir del Amherst conventual a una atmósfera de lujo en toda suerte de recepciones, era como pasar del limbo al paraíso.

Al punto, su espiritualidad y distinción impusieron calle de honor a su paso, y la colocaron sobre la generalidad de las mujeres; fina y espontánea en las réplicas; informada de los negocios públicos, el círculo de la simpatía y la admiración crecía por horas en redor de la muchacha Dickinson. Y la vida se abrió ante ella como un panorama de libertad, de júbilo y de sueños realizables.

De repente, toda esa dorada bruma se condensa, se contorna, se anima y se humaniza. —Debió ser un hombre impresionante como un héroe, quizá como un dios— ¿Quién es? ¿Quién era? ¿Quién fue? Ya nadie lo sabrá jamás: primero el sigilo, luego el misterio, después y para siempre el silencio, pusieron un triple sello sobre el detalle de esa historia. Vagas palabras que se le escaparon a los puritanos parientes; recuerdos retenidos por quienes oyeron algunos comentarios; alusiones brumosas en una que otra carta; eso y nada más es todo cuanto ha quedado para reconstruir la tragedia estrangulada de un secreto, de un sigilo y de un silencio.

Al parecer, el nombre de Roberto es lo único concreto que flota como un leño imprecisable, que acrecienta el sepulto misterio de ese bajel de amor sin ventura. ¿Cómo sería su rostro? Tal vez quedó dibujado a pluma en el verso con que Emily lo evoca:

Perla oscura nacida bajo aguas convulsas".

¿Cómo sería su porte? Quizá todo lo condensó en esta redoma alejandrina:

"Su grandeza seguiale como una leona fiel".

¿Cómo era su voz? Parece haberse quedado vibrando como una cuerda de oro:

"Mirarlo y escucharlo era vivir".

En un súbito arrebató, como el que engendraba a las divinidades antiguas, nació ese amor. Fue en Filadelfia propiamente. Emily halló lo

que tanto había invocado; El, la fascinación cegadora de aquella singularísima mujer.

A decir verdad, Emily no era precisamente lo que se llama una belleza, ni mucho menos: naricilla respingada, labios bastante gruesos que casi anulaban la regularidad de las facciones. Pero en cambio, qué frente más radiosa; qué cejas de pincelada; dos pómulos se desvanecían dentro de un óvalo hechicero; piel y blancura de gardenia; dientes proporcionados y alineados; cabellos en dos masas color bronce que caían sobre la nuca alabastrina. Y la magia de esos ojos de un castaño líquido, indecibles, insondables. De toda su persona, menuda y frágil, emanaba una extraña, una irresistible atracción. El alma en ese cuerpo debió parecer una aurora boreal tras los crespones de una noche de estío. Aquello debió ser, de parte y parte, la locura, precisamente la locura, porque entre ella y él se alzaba infranqueable el doble muro de una esposa y un hijo.

Lo mismo que el amor fulmíneo, estalló el drama como una centella mortífera. La torre de marfil con su mástil de oro en que flameaba la seda de los sueños, oscilaron un punto hasta lo más recóndito de sus raíces. Pero el golpe no logró desplomarlos. La súplica enloquecida, todas las promesas, todas las resoluciones, todas las rupturas con el pasado, por parte de él, a cambio de la dicha de ambos: todo fue inútil. En ese duelo de la pasión contra el escrúpulo, entre el alma encendida y la mentalidad puritana, el triunfo, sin vacilar un punto, fue, tenía que ser, para la hija de Dickinson y Norcross. O tal vez la íntima verdad radique en que a la suprema elegancia de ese espíritu, más que temor, debió inspirarle estética repulsión eso de levantar la morada de su propia felicidad, sobre las ruinas de un hogar inocente.

Vuelve a Amherst. Tenía 24 años. Da por siempre la espalda al ilusorio alcázar: allá queda agrietado y humeante. El nativo lugar se convierte en claustro, la paterna mansión en celda y oratorio. En vez del rumor falaz del "flirt" y el embeleso, la soledad con sus órbitas perennes y sus perpetuos retornos; en vez de los efímeros relumbros del salón, el laberinto sideral del canto. Y "la monja de Amherst" empieza a llenar el blanco libro de un amor sin nombre y sin ventura con las palabras de la poesía, que es la historia celeste de la tierra.

Todos los clamores —sordo grito, arrullo poderoso; toda esencia, toda forma, toda la sutil urdimbre entre el alma y el mundo; altivez agobiante, plácido martirio: tiempo y espacio condensados y suspensos en el recuerdo o en la visión distantes; mágica fusión de sentir y pensar; todo esto y más, inefablemente más, son el millar de poemas con que cuatro años después de muerta volvió al mundo de la gloria el rostro de Emily Dickinson, en la más armoniosa resurrección que poeta alguno haya tenido. Después de Safo "la de cabellos de violeta", es ella la más excelsa poetisa de todos los tiempos. Así lo afirma la crítica más sólida.

Quien se entrega a la lectura de sus poemas y de sus cartas, se siente como tendido bajo una arboleda de resinas aromosas. —La tormenta fulminante no logró abatirla, ni destrozarse su esplendor, ni despojarla de una rama: solo el portento de convertirla en una inmensa llama alimentada de las propias orobias—. Su resplandor es una constelación en el firmamento de la poesía.